

Los mexicanos vienen del jade. Una historia de orígenes tallados en un hacha

Miruna Achim
Universidad Autónoma Metropolitana-Cuajimalpa
ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-7891-2005>
Contacto: kimichintli@gmail.com

Fecha de recepción: 03/06/2025
Fecha de aceptación: 08/12/2025

RESUMEN

En la narrativa nacionalista, México tiene sus cimientos en los vestigios líticos de la cultura olmeca. A partir de un título inspirado en la obra de Irina Podgorny, este artículo reconstruye la historia de la llamada “hacha de Kunz”, un artefacto prehispánico tallado en jade, al centro del debate sobre el origen de las antiguas civilizaciones americanas. A través de la trayectoria del objeto, se exploran las redes de coleccionistas, comerciantes de antigüedades y fabricantes de joyas finas a finales del siglo XIX, que forjaron los lenguajes y espacios para estudiar, coleccionar, consumir y exhibir jades prehispánicos, décadas antes de su consagración como los logros más representativos del pasado de la nación mexicana.

Palabras clave: Jade, hacha de Kunz, coleccionismo, arte olmeca.

ABSTRACT

Nationalist narratives identify Mexico's foundations with the lithic vestiges left behind by the Olmec. Inspired by the title of one of Irina Podgorny's most recent books, this article examines the history of the so-called Kunz axe, a prehispanic jade artifact that sparked debates about the origin of ancient American civilizations. Following the object's trajectory, this article explores the networks of collectors, antiquities dealers, and high-class jewelers who, at the end of the 19th century, forged the spaces and language for studying, collecting, consuming, and exhibiting prehispanic jades, decades before their consecration as the highest achievements of Mexico's past.

Key words: Jade, hacha de Kunz, coleccionismo, arte olmeca.

OBSESIONES LÍTICAS

No ha dejado de sorprenderme cuántos individuos, después de entrar en contacto con un espécimen de arte olmeca, pasaron el resto de sus carreras como entusiastas de lo olmeca. Marshall Saville quedó intrigado por el hacha de Kunz y dedicó años a buscar especímenes relacionados. George Vaillant me contó cómo quedó exaltado cuando el tigre de Necaxa llegó al Museo Americano [de Historia Natural, Nueva York] en 1932. Lo colocó en un cajón y durante varias semanas lo sacaba para verlo y sentirlo – porque los jades olmecas tienen un atractivo táctil así como visual. [...] No sé cuántos otros habrán tenido una experiencia similar, pero estos episodios ocurrieron antes de que lo olmeca como concepto llegara a formularse, y el atractivo está en el estilo. Y, agregaríamos, en el material, jade. A fin de cuentas, lo que todos estos objetos tienen en común es el jade.¹

Nadie conocía la historia temprana “del problema olmeca” ni había vivido tan íntimamente la seducción táctil y visual de los jades olmecas como el arqueólogo estadounidense Matthew Williams Stirling (1896-1975). A finales de la década de 1930, Stirling empezó una serie de excavaciones en la costa del Golfo de México, allí donde la recién nacionalizada industria petrolera mexicana perforaba pozos y a veces vestigios prehispánicos, y prestaba apoyo a los arqueólogos para desenterrar enormes cabezas de basalto y para transportar artefactos fuera de la región. Stirling estaba convencido de que estos vestigios pertenecían a una cultura más antigua que la maya. Objetos tallados en jade parecidos a aquellos desenterrados por Stirling a lo largo de varias temporadas de campo no dejaban de causar una fuerte exaltación entre arqueólogos y coleccionistas desde principios del siglo. Pero, aun cuando era obvio que había afinidades estilísticas y materiales entre todos estos objetos, no existía una categoría establecida para hablar de ellos. Algunos especialistas proponían llamarlos “olmecas”, por el nombre que los antiguos nahuas usaban para referirse a la gente del Golfo.²

¹ Smithsonian Institution, National Anthropological Archives, Matthew Williams Stirling and Marion Stirling Pugh Papers. Matthew Williams Stirling, “Early History of the Olmec Problem”, 1967.

Las traducciones de citas textuales originalmente en inglés a lo largo de este texto son de la autora.

² Olmeca viene de *olli*, hule, y *mécatl*, es decir, gente del linaje de la tierra del hule. El hule en el gentilicio se refiere a la abundancia de árboles de látex (*Castilla elastica*) en la región, aunque es posible que entre el hule que los nahuas importaban del Golfo hubiera también chapopote. El arqueólogo danés Frans Blom y el antropólogo estadounidense Oliver La Farge estuvieron entre los primeros en usar sistemáticamente el término “olmeca” para referirse a vestigios arqueológicos en su libro *Tribes and Temples* (1926).

Fue en el contexto de la Segunda Mesa Redonda de Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, celebrada en mayo de 1942 —a finales de una de las temporadas de campo de Stirling, en un encuentro que reunía a arqueólogos, antropólogos y lingüistas mexicanos y extranjeros— que la categoría de lo olmeca adquirió densidad, para articular un conjunto de preguntas sobre la antigüedad, la distribución geográfica y el estilo particular de vestigios esparcidos por el Golfo.³ Si los debates y acuerdos de la Mesa Redonda de Tuxtla Gutiérrez fueron todo un acontecimiento para la arqueología mesoamericanista, la invención de una nueva categoría arqueológica no lo fue menos para el orgullo nacional mexicano. Las hachas y las figuritas pulidas de jade verde azulado, táctil y visualmente atractivas, investían la nación con una “cultura madre”, la más antigua de América, y con la posibilidad de narrar su continuidad, desde sus orígenes perdidos en los albores del tiempo. Pronto, el Museo Nacional de Antropología abriría su Sala Olmeca, bajo la curaduría del artista Miguel Covarrubias. Si el futuro se escribiría con petróleo, el pasado se había tallado en jade.

Si los argentinos vienen de los peces —o de una falla en la interpretación de la filogenia nacional—, como lo cuenta Irina Podgorny,⁴ los mexicanos vienen del jade, o, dicho de otra forma, de una obsesión con investir el pasado nacional con cimientos líticos, sólidos. La historia de esta obsesión —y los vínculos, no menos pétreos entre arqueología y Estado en México— ha sido magistralmente contada en estudios recientes.⁵ Menos conocidos son los caminos, fuera de México y, hasta cierto punto, al margen de la arqueología, por los cuales circularon vestigios prehispánicos de jade hasta convertirse en objetos con gran valor comercial y estético. En conversación con trabajos de Podgorny, quien ha pensado los usos de las cosas a través de sus asociaciones y traducciones inesperadas y azarosas y de sus desubicaciones temporales y geográficas,⁶ este ensayo propone estudiar cómo los jades americanos, antes de ser olmecas, se volvieron reconocibles y deseables —estética, comercial y epistemológicamente— al coincidir con jades chinos, amuletos y talismanes de los “salvajes” y joyas destinadas a la alta burguesía neoyorkina. La protagonista del ensayo es el “hacha de Kunz” —que tanto había entusiasmado a Marshall Saville, si nos dejamos guiar por las reflexiones de Stirling—, en sus recorridos por prestigiosos emporios comerciales y ferias antropológicas, hasta llegar al American Museum of Natural History (AMNH) de Nueva York, donde se sigue exhibiendo hoy.

³ Sociedad Mexicana de Antropología, *Mayas y Olmecas: Segunda Reunión de Mesa Redonda sobre Problemas Antropológicos de México y Centro América*; López Hernández, *En busca del alma nacional. La arqueología y la construcción del origen de la historia nacional de México (1867-1942)*.

⁴ Podgorny, *Los argentinos vienen de los peces. Ensayo de filogenia nacional*.

⁵ López Hernández.

⁶ Podgorny, “The elk, the ass, the tapir, their hooves, and the falling sickness: a story of substitution and animal medical substances”; Podgorny, *Desubicados*.

“UN HACHA GIGANTE VOTIVA DE JADEÍTA” EN NUEVA YORK

El hacha fue tallada hace más de 3000 años, e intervenida unas cuantas veces después de ser tallada y pulida por primera vez. Pero su historia es mucho más reciente: si la contamos hacia atrás, empezando por la vitrina en el AMNH, su pista se pierde por allá de las últimas décadas del siglo XIX. Lo que sí se sabe es que el hacha llegó al museo en 1891, a través de George Frederick Kunz (1856-1932), mineralogista, coleccionista y vicepresidente de la Tiffany & Co., empresa que entonces, como ahora, se dedicaba a la venta de joyería de lujo. En aquel fin de siglo, Tiffany & Co. estaba llevando a cabo una intensa campaña publicitaria para que su refinada clientela ampliara su gusto por las joyas blancas o incoloras hacia toda una gama de gemas de color.⁷ Hasta entonces, recordaría Kunz años más tarde, la venta y el trabajo de joyería se restringía a cuatro piedras preciosas: el diamante, el rubí, la esmeralda y el zafiro; las perlas, sin ser estrictamente piedras, complementaban la lista. Pero, se preguntaba Kunz, “¿es posible resistir la atracción sutil de la luz del sol aprisionada en las profundidades verde mar de la turmalina, que lame las facetas del aguamarina azul acuoso, inunda la copa rojo sangre del granate, se refleja en los bordes azul hielo del berilo, se derrite en la nebulosa bruma de la piedra lunar, se enreda en los flecos del ágata musgosa, se concentra brillantemente en el circonio metálico formando una estrella lechosa en el corazón del ilusorio zafiro estrella?”⁸ Para Kunz, el reto no consistía en identificar química y mineralógicamente las piedras preciosas, sino en idear estrategias para convencer a los demás de su valor.

Es difícil medir el impacto que tuvieron las historias naturales escritas por Kunz sobre las piedras preciosas —la reunión de asociaciones entre gemas y signos zodiacales, referencias literarias, supersticiones y creencias, así como los usos de las piedras a lo largo de la historia— en la revolución en los gustos.

⁷ El célebre Tiffany Yellow Diamond, cuyo tallado supervisó Kunz desde París en 1878, marca el cambio de gusto hacia las piedras de color. Años más tarde, Audrey Hepburn lo traería puesto para promocionar *Breakfast at Tiffany's* y, en años recientes, Tiffany y Co. se lo prestó a Lady Gaga para marcar sus 175 años de negocio como joyería de lujo.

⁸ Kunz, “The American Travels of a Gem Collector”, 23.

⁹ Véanse, por ejemplo, *The Curious Lore of Precious Stones: an illustrated guide to the history and powers of gemstones, with information on birthstones, gemstone properties and therapy, crystals and crystal gazing, and the protective and preventative functions of amulets and talismans*. Philadelphia, J. B. Lippincott, 1913; *The Magic of Jewels and Charms*. Philadelphia, J. B. Lippincott Company, 1915; y *Shakespeare and Precious Stones, Treating of the Known References of Precious Stones in Shakespeare's Works, with Comments as to the Origin of his Material, the Knowledge of the Poet Concerning Precious Stones, and References to Where the Precious Stones of His Time Came From*. Philadelphia, J. B. Lippincott Company, 1916. Además de estas publicaciones de carácter popular, la bibliografía de Kunz sobre asuntos mineralógicos en revistas especializadas es muy extensa.

Baste recordar que su *Natal Stones: Sentiments and Superstitions Associated with Precious Stones Birthstones*, impreso por la Tiffany & Co. en 1891 por primera vez y publicado con una periodicidad casi anual a lo largo de cuarenta años —en 1931, un año antes de su muerte, Kunz publicó la edición 31, la última—, era una estrategia de venta. Escritor muy prolífico, Kunz acercaba lo lejano y hacía comprensible lo desconocido ante los ojos de sus clientes, al tiempo que elogiaba sus aspiraciones culturales y su sed de exotismo. No bastaba con que una piedra aprisionara la luz del sol o del mar. Era el hecho de convertir las piedras en historias lo que les confería su valor. Entre las piedras de la colección de Kunz, el jade tenía su historia muy especial.

Es muy probable que el interés de Kunz por el jade se haya desarrollado en la Tiffany & Co. —que, para fines de la década de 1890, tenía una colección extraordinaria de objetos de jade—¹⁰ en una Nueva York donde no faltaban ejemplares espectaculares de jade, testimonios de una ciudad que empezaba a competir con Londres y París por coleccionar el mundo.¹¹ El mismo año que Kunz fue contratado como vicepresidente de la empresa, en 1878, la Tiffany & Co. le vendió a Heber Bishop, el mayor coleccionista de jades chinos (y unos pocos americanos y otros tantos oceánicos) —que luego donaría al Museo Metropolitano— su primer objeto. Se trataba del llamado jarrón Hurd, uno de los tesoros saqueados del Palacio Imperial de Beijing por las tropas francesas e inglesas en la Segunda Guerra del Opio en 1860. Sobre este, Kunz escribió más tarde: “no hay ejemplo más fino de jade que este jarrón imperial; una vasija en forma de linterna, con sus variados matices de verde, tallada con escenas de jardines y follajes, que parecen moverse cuando se coloca una vela encendida adentro”.¹² Como lo hizo para muchos otros coleccionistas, Kunz se volvió agente de Bishop; intervino en la adquisición de la tercera parte de los mil objetos de la colección de Bishop.¹³

En el otoño de 1886, Kunz adquirió para sí mismo el hacha que más tarde llevaría su nombre, según le informaba emocionado a John Wesley Powell, el director del Departamento de Etnología de la Smithsonian Institution: “tengo en mi posesión la jadeíta más fina encontrada en el continente americano [...], la pieza más fina de trabajo aborigen lapidario que he visto en mi vida”.¹⁴ Con sus quince libras, se trataba además del jade trabajado más

¹⁰ Kunz, “On art works in jade and other hard stones”; Kunz, *Catalogue of the Tiffany and Company collection of jade and rock crystal*.

¹¹ Charpy, “Trading Places: the Exoticisation of Goods in Nineteenth-Century Paris and New York”.

¹² Kunz, “Heber Reginald Bishop and his jade collection”, 113.

¹³ Kunz, “Heber Reginald Bishop...”; Kunz, “The printed catalogue of the Heber R. Bishop collection of jade”.

¹⁴ Smithsonian Institution, National Anthropological Archives, Records of the Bureau of American Ethnology, Series 1, Correspondence, 1879-1887, caja 76. George Frederick Kunz, carta a John Wesley Powell, 4 de diciembre de 1886. “Jade” es un término genérico, que se refiere a un conjunto de minerales —entre los cuales destacan la jadeíta y la

grande de América. Incluso, como lo nota Kunz, había pesado por lo menos una cuarta parte más, antes de que un antiguo artesano le sustrajera un pedazo que probablemente utilizó para hacer otro objeto. Esto, escribía Kunz, mostraba la rareza y valor del material. Para darle a Powell una mejor idea del objeto, Kunz incluyó trazos y dibujos a escala. Pero omitió decir de dónde venía el hacha —más allá de invocar un vago origen “mexicano”— o cómo había llegado a sus manos y, como sus manos son las primeras que se nombran con referencia al hacha, se le sigue conociendo como “el hacha de Kunz”.

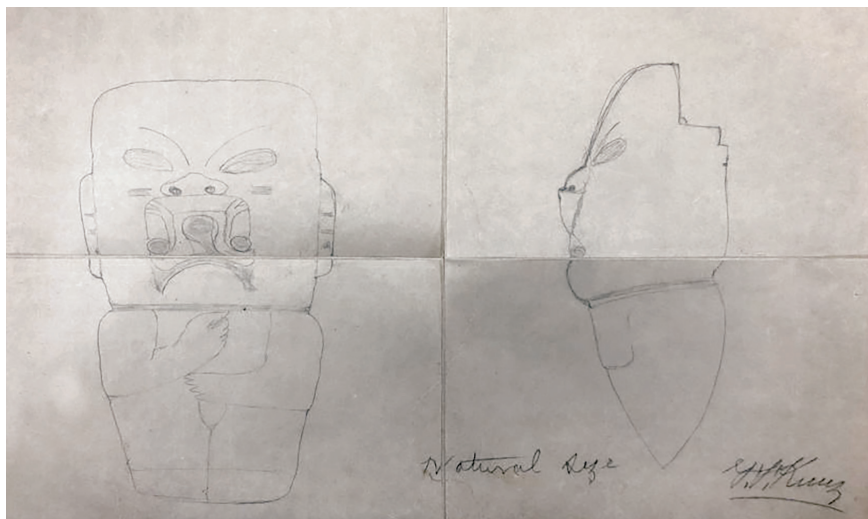


Figura 1. Hacha dibujada por Kunz, incluida en su carta a John Wesley Powell. Smithsonian Institution, National Anthropological Archives, Records of the Bureau of American Ethnology, Series 1, Correspondence, Letters received, 1879-1887, caja 76.

Existe la posibilidad de que, antes de ser “de Kunz”, el hacha perteneciera a Eugène Boban (1834-1908), traficante francés de antigüedades y de objetos de historia natural.¹⁵ Uno de los charlatanes más célebres del siglo XIX, Boban

nefrita— cuyas características comunes son el color verde y cierta dureza. “Jadeíta”, por lo tanto, se refiere a un mineral específico entre los jades, que fue identificado química y mineralógicamente por primera vez a mediados del siglo XIX (Achim, “Carving an Origin for Mexico’s Ancient Cultures”). A lo largo de este ensayo, me he decantado por emplear el término genérico “jade” porque así lo hacen los protagonistas de esta historia, con algunas excepciones: cuando Kunz habla de jadeíta lo hace para identificar un mineral específico, muchas veces con base en sus propios análisis químicos y mineralógicos.

¹⁵ Walsh & Topping, *The Man Who Invented Aztec Crystal Skulls: The Adventures of Eugène Boban*, 204.

cruzó el Atlántico varias veces, llevando objetos, pero también gustos y conocimientos sobre objetos de un lado al otro.¹⁶ Había llegado a México por primera vez a mediados de la década de 1850, y dedicó más de una década a coleccionar antigüedades mexicanas, y, a veces, a fabricarlas él mismo. Aprovechó la retirada de las tropas francesas, una vez derrotado el Segundo Imperio, en 1867, para llevarse sus colecciones a París y venderlas, unos años después, a Alphonse Pinart, quien a su vez las vendería al Musée d'Ethnographie du Trocadéro; hoy, la primera colección de antigüedades mexicanas de Boban está en el Musée du Quai Branly. En 1885, Boban regresó a México, se instaló en la calle de Violeta número 6, y puso allí su Museo Científico, con objetos de diversas proveniencias y naturalezas, algunos acumulados durante sus años parisinos, otros, mexicanos: momias (desenterradas del atrio del exconvento de Santo Domingo, cuando las Leyes de Reforma nacionalizaron los bienes de las iglesias); cráneos indígenas y cráneos de cristal de Baviera, que Boban mismo había mandado tallar, para venderlos como calaveras aztecas; minerales y fósiles animales; antigüedades mexicanas, que podían compararse con las egipcias, griegas y chinas; objetos etnográficos de Oceanía, al lado de artefactos de la prehistoria europea; y muchos moldes —incluyendo el molde del pie de una mujer china—, que Boban incluía, según cuenta, con fines educativos. También, para educar a sus públicos, mostraba falsificaciones, aun cuando guardaba el secreto de sus propias falsificaciones.¹⁷

El Museo Científico no parece haberle traído la fama o la bonanza económica que esperaba y, para 1886, Boban cerró sus puertas, empacó sus cosas y las mandó a Nueva York: 50 cajas que engañaron los ojos vigilantes —o cómplices— de los agentes aduanales mexicanos. Una vez en Nueva York, Boban procedió a la venta de su museo. El catálogo de la subasta, con apuntes detallados por William Henry Holmes, curador de arte “aborigen” en la Smithsonian Institution, da una idea de la riqueza de la colección y de su distribución entre museos y coleccionistas. La “calavera azteca” fue comprada por 950 dólares por un tal J. L. Ellis, uno de los socios de Tiffany & Co. No hay descripciones del “hacha de Kunz” en el catálogo de la subasta, pero tal vez se encontraba en el lote 1908, que consistía en “ídolos e implementos de piedra, cuyas descripciones se darán a la hora de la subasta”. Pero este lote, apunta Holmes en su copia del catálogo, fue retirado de la venta antes de que empezara la subasta (“withdrawn from sale”).¹⁸ Tal vez Kunz ya había comprado el hacha para entonces. Su carta, en la que informaba a Powell sobre su adquisición,

¹⁶ Podgorny, *Charlatanería y cultura científica en el siglo XIX*.

¹⁷ Walsh y Topping.

¹⁸ Boban, *Catalogue of the Extensive Archaeological Collection of Monsieur Eugène Boban Comprising Antiquities from Mexico, Guatemala, Central and South America, Egypt, Greece, Rome, and Gaul, Ancient Gems, Cut and Polished Stones, Jade, Ivory, Jewelry Boxes, Curios, Etc., Also Collections or Specimens Relating to Ethnography, Anthropology, Paleontology, Mineralogy, Geology, Crystallography, Etc., Pre-Historic Implements, Coins and Medals, Etc. Etc.*, 105.

está fechada unos días antes de la subasta. Si, en efecto, el hacha había sido parte de la colección Boban, ¿los visitantes le habrían encontrado parecido con jades chinos o con hachas de piedra de la prehistoria europea, o bien, la habrían comparado con las réplicas de otras hachas y objetos americanos de jade que Boban había puesto en exhibición con fines educativos? Las cosas cobran sentido mediante asociaciones caprichosas y contingentes con otros objetos y, sobre todo, con las réplicas de otros objetos, que, en la época de Boban, como ahora, hacían posible circular y poner en contacto unas cosas con otras.

En efecto, el hacha de Kunz acumuló valor en sus múltiples vaivenes por la ciudad de Nueva York y del otro lado del Atlántico, en los años posteriores a su adquisición por Kunz y antes de llegar a formar parte de la colección del AMNH. Se trataba, muy probablemente, de una estrategia más de venta, por parte de Kunz. Unos años después de la adquisición, en noviembre de 1890, Kunz exhibió su hacha en la reunión de la Folklore Society de Nueva York, con su rica colección de gemas y amuletos. Había, en la colección de Kunz, zafiros estrella de Ceilán, “para atraer la buena suerte”; piedras imán de Magnet Cove, Arkansas, que “los negros del sur” usaban como “piedras mágicas” para rituales de vudú; collares de cuentas de ámbar (originarias del mar Báltico), “llevados por un jefe del norte de África”. Había también objetos de jade de diferentes partes del mundo: talismanes persas de jade verde oscuro, “inscritos con el primer capítulo completo del Corán”; “fetiches o amuletos de jade Hei-Tikis, hechos de la variedad oceánica de jade”; una “coraza de jade, adornada con un rostro maya, procedente de una tumba cerca de Santa Lucía Cotzumalguapa, Guatemala, cerca de los templos y tumbas de los antiguos reyes de Quiché”; una maza de jade blanco, decorada con 169 piedras preciosas, “saqueada por el conquistador persa Nadir Shah en Delhi”; y un “fragmento de la lápida de jade de Tamerlán. Quienquiera que se hiciera con esta pieza dejó el resto de la lápida para algún coleccionista estadounidense o inglés emprendedor”, animaba Kunz. En cuanto a su hacha, “la parte que faltaba en la parte posterior”, que equivalía a una octava parte del peso original del objeto, enfatizaba el estatus de este como talismán y la escasez del material.¹⁹

La parte faltante del hacha era tema de especulación en todos los lugares donde se movía el objeto. Kunz presentó sus estudios sobre este en el Congreso de la Sociedad de Antropología y Arqueología Prehistóricas en París, adonde llevó un molde del hacha. Había decidido que esta provenía de Oaxaca, donde, escribe, había sido encontrada unos veinte años antes, aunque seguía sin informar sobre las circunstancias del hallazgo. Presentaba asimismo sus análisis, que lo habían llevado a determinar que se trataba, químicamente, de jadeíta. Como la suya, había otras hachas votivas de jadeíta halladas en México que se exhibían para entonces en el Museo Británico y en el Museo Nacional de México, aunque Kunz insistía en que la suya era la más grande, “gigantesca”. Sus observaciones más agudas tenían que ver con las técnicas

¹⁹ Kunz, “Exhibition of gems used as amulets”.

lapidarias, sobre todo con aquel pedazo faltante de la parte superior del hacha, que se había cortado, sugería Kunz, a través de un proceso de erosión con arena o polvo de zafiro con una cuerda tensada en un pequeño arco. Su hacha no era ninguna excepción por haber sufrido este corte posterior a su manufactura. Al contrario, Kunz había estudiado otros objetos que resultaban de la separación de una pieza más grande, y esto demostraba que fuera la veneración de un objeto, que se dividía para distribuir pedazos entre los “ramos de una tribu”, o bien, la escasez del material. Y otros estudiosos corroboraban esta hipótesis: había hachas divididas en dos o cuatro partes.²⁰

Kunz cerraba su intervención en el congreso incidiendo en la acerada polémica que daba la vuelta entre arqueólogos y anticuarios en aquellos años: ¿de dónde venía la jadeíta empleada para fabricar artefactos como el hacha? Era una pregunta espinosa porque, si bien se habían encontrado muchos objetos tallados en jadeíta, la aparente ausencia de yacimientos de este mineral en América había intrigado a varios naturalistas desde finales del siglo XVIII. Hasta Alexander von Humboldt había opinado sobre el asunto.²¹ Y hubo quienes —mexicanos y extranjeros— se empeñaron en probar que tanto la materia prima como la perfección de las técnicas lapidarias, incluso la iconografía, de los artefactos tallados en jadeíta en México habían llegado de China.²² Lo que estaba en juego no era solamente una cuestión sobre el origen de una entidad “natural” —la jadeíta—, sino un cuestionamiento en cuanto a los orígenes culturales de una civilización —la americana— que no todos creían capaz de haber fabricado objetos tan exquisitos.²³ Tanto revoltijo de cosas en museos como el de Boban o en la propia colección de amuletos de Kunz, tanta oferta para gustos tan eclécticos —pues, en ese fin de siglo, los catálogos de la Tiffany & Co. ponían en venta *chinoisseries* al lado de jades mexicanos—, tanta competencia por coleccionar el mundo, para que un hacha hallada supuestamente en Oaxaca pareciera más bien china. ¿Venía de China el hacha gigante de jadeíta “de Kunz”? ¿Vienen de China los mexicanos?

“LA BELLE DAME SANS MERCI”

A esta pregunta, Kunz contestaba con un contundente “no”. Autodidacta, Kunz se interesó en la mineralogía desde muy joven y, para la década de 1880, trabajaba ya para el US Geological Survey (Servicio Geológico de Estados Unidos), bajo la dirección de Powell —el mismo a quien Kunz le mandó noticia de

²⁰ Kunz, “Sur une hache votive gigantesque en jadéite de l’Oaxaca, et sur un pectoral en jadéite du Guatemala”.

²¹ Achim, “Carving an Origin...”

²² Mendoza, “Ídolo azteca de tipo japonés”; Mena, *Catálogo de la colección de objetos de jade*.

²³ Achim, “‘River mud’ or ‘monuments of industry’? Jade axes and their ‘savage’ American makers”.

su adquisición del hacha— y estaba a cargo de exposiciones de minas y minerales, al tiempo que representaba a los Estados Unidos en ferias internacionales: París (1889 y 1900), Chicago (1893), Atlanta (1895), y St. Louis (1904), entre otras. Algunas de estas colecciones llegarían a formar parte de grandes museos de historia natural, como el de la Smithsonian, el de París y el de Nueva York. También armó varias colecciones para Tiffany & Co. y para J. Pierpont Morgan, y fue con el propósito de hallar tesoros minerales para la colección de Morgan que viajó a México a finales de la década de 1880. No deja de llamar la atención la porosidad entre ganancias privadas e interés público, pero eso no era nada inusual para su tiempo. Sería ingenuo pensar que su trabajo en el US Geological Survey no benefició su negocio joyero, o que Tiffany & Co. no tuviera acceso directo a minas y yacimientos de minerales. O que sus asociaciones con museos y ferias no le abrieran caminos con clientes como Morgan.

En México, entre apuntes costumbristas —donde condena la gastronomía mexicana por su preferencia por los potajes chilosos y critica al campesino que no entiende cómo prepararle un “sangüich” para su pícnic en el monte (“¡Hombre, ve y busca en tu libro de recetas, o pregunta!”)—, Kunz instruye al buscador de gemas sobre los minerales más codiciados de México. En primer lugar, ópalos de fuego que “centellean con el fulgor de una luz eléctrica”, los más finos del mundo, cuyo valor, insiste Kunz, radica no tanto en el precio, que es alto, “sino en el drama de su formación en la naturaleza, la aventura de su descubrimiento, su naturaleza mineralógica y su significado, así como su comercialización, que interesan al experto en gemas”.²⁴ Para cuando publicó los recuerdos, cuarenta años después de su viaje, Kunz había encontrado su propio ópalo, la señorita Opal Logan Giberson, pionera en la aviación femenina en Estados Unidos, con quien contrajo matrimonio en 1923.

Es al jade, “la más elusiva y femenina de las gemas”, que Kunz dedicó la mayor parte de sus búsquedas. Para Kunz, el jade era un “misterio”, “un dolor del alma”. Se encontraba en “pozos, sepulcros antiguos, iglesias viejas, y en todos los lugares donde el hombre lo ha escondido”. Pero ni los instintos más afinados del cazador más insistente y febril —porque el jade podía tener ese efecto sobre un “hombre normal”— habían logrado develar sus secretos, sorprender a “la belle dame sans merci” en su estado natural, en “el lugar donde la había puesto Dios”. Es decir, mientras el jade abundaba en contextos arqueológicos, donde “hace miles de años fue marcado por la mano del hombre primitivo, frotado y pulido y tallado y grabado”, nadie nunca había dado con sus yacimientos, aunque, por la abundancia de material tallado, Kunz especulaba que, en estado bruto, el jade provenía de Oaxaca, igual que su hacha. Es más, pensaba que ni los mismos antiguos conocieron los yacimientos de jadeíta, que probablemente se encontraba arriba de una montaña, desde donde la arrastraban los ríos al fluir, y se encontraba, por lo tanto, en los valles.²⁵

²⁴ Kunz, “The American Travels...”, 23.

²⁵ Kunz, “The American Travels...”, 172.

Medio siglo después, William Foshag, colega de Stirling en la Smithsonian —por donde antes habían pasado también Powell y Holmes—, halló yacimientos de jadeíta en el valle del río Motagua, en Guatemala. Si bien todavía no se han encontrado yacimientos en México, quedaba resuelta así la polémica sobre el origen de las hachas votivas: los mexicanos no vienen de China, aunque el hallazgo del mineral en el Motagua ha impulsado su tráfico ilegal hacia China, donde el jade sigue siendo más valioso que el oro.²⁶

Hoy en día, el hacha de Kunz y el tigre de Necaxa —ambos descritos por Stirling en el epígrafe que abre este ensayo— comparten vitrina con otros artefactos de jade en la sala dedicada a México y Centroamérica en la esquina suroeste del AMNH, la más alejada de la entrada. De un lado de la vitrina con los tesoros de jade, un Chac Mool enorme de basalto, mitad guacamaya y mitad hombre, dotado de un pene muy desnudo, despierta carcajadas entre los adolescentes que entran a ver antigüedades americanas casi por casualidad. Del otro lado, una réplica a tamaño natural de una cabeza olmeca, como las que excavó Stirling en la década de 1940, sirve de fondo para fotos de visitantes. Una familia de mexicanos posa en tierras ajenas, orgullosa de pertenecer a la “cultura madre” del continente. En la penumbra de la sala, que no ha sido remodelada desde la década de 1970, el hacha de Kunz y la cabeza olmeca son prueba de que el “problema olmeca” está resuelto.

Entre las reconstrucciones más comunes sobre cómo las antigüedades prehispánicas se convirtieron en objetos de arte y ciencia, su asociación con las joyas no es evidente. De hecho, es fácil pasar por alto hasta qué punto la arqueología mesoamericanista, con su atención selectiva por lo raro, lo excepcional y lo precioso, su anhelo por los objetos con poderes talismánicos y su predilección por exhibir estos objetos como obras de arte, sigue hablando el lenguaje de las joyas forjado en Tiffany & Co. hace más de un siglo. Las estrategias de valoración y de venta de Kunz, experto joyero y mineralogista, contribuyeron a expandir la definición de gema y a interesar a los nuevos ricos neoyorkinos en algo más que unas cuantas piedras preciosas. En este contexto, el jade llegó a tener un valor muy especial, sobre todo después de la aparición de jades chinos en los mercados de arte europeos y estadounidenses. El jade americano adquirió valor y visibilidad al margen del negocio con jades chinos en las postrimerías de la destrucción del Palacio de Invierno. Por otro lado, la asociación de los pequeños artefactos de jade con amuletos y objetos de culto, que apuntaban hacia la rareza y escasez de la jadeíta americana, aquella dama tan elusiva, contribuyó todavía más a darles valor. Los orígenes líticos de los mexicanos tienen una raíz en colecciones, ferias y emporios comerciales fincados en contextos atlánticos más amplios. En el momento actual, cuando los

²⁶ Achim, “Carving an Origin...”

museos se hallan cada vez más a la defensiva por sus fondos procedentes de otras culturas, vale la pena examinar las formas en que el comercio, el prestigio y la cultura de élites han determinado y siguen determinando cómo se colecciona, se estudia, se expone y se experimenta la cultura material de la América antigua.

Quisiera agradecer a Irina Podgorny por la inspiración a lo largo de los años; a Marina Rieznik por llevar este conjunto de ensayos a buen puerto; y a los evaluadores anónimos cuyas preguntas puntuales ayudaron a mejorar este ensayo. El trabajo de investigación fue posible gracias a una beca de investigación en la Smithsonian Institution, entre septiembre y diciembre de 2022, y a una beca otorgada por el Institute d'Études Avancées de París, durante el año académico 2023-2024.

BIBLIOGRAFÍA

Achim, Miruna. "Carving an Origin for Mexico's Ancient Cultures." *Centaurus* LXV, no. 3 (2023): 477-97.

Achim, Miruna. "'River mud' or 'monuments of industry'? Jade Axes and their 'savage' American makers." *Dix-huitième siècle*, no. 56 (2024): 65-76.

88

Blom, Frans, & Oliver La Farge. *Tribes and Temples*. New Orleans: The Tulane University of Louisiana, 1926.

Boban, Eugène. *Catalogue of the Extensive Archaeological Collection of Monsieur Eugène Boban Comprising Antiquities from Mexico, Guatemala, Central and South America, Egypts, Greece, Rome, and Gaul, Ancient Gems, Cut and Polished Stones, Jade, Ivory, Jewelry Boxes, Curios, Etc., Also Collections or Specimens Relating to Ethnography, Anthropology, Paleontology, Mineralogy, Geology, Crystalography, Etc., Pre-Historic Implements, Coins and Medals, Etc. Etc.* New York: Leavitt Art Gallery, 1886.

Charpy, Manuel. "Trading Places: the Exoticisation of Goods in Nineteenth-Century Paris and New York", en *Acquiring Cultures: Histories of World Art on Western Markets*, editado por Bénédicte Savoy, Charlotte Guichard y Christine Howald, 71-100. Berlin/Boston: Walter de Gruyter GmbH. 2018.

Kunz, George Frederick. "On jade and jadeite." *New York Academy of Science Transactions* VI (1887): 139-41.

Kunz, George Frederick. "Chalchihuitl: a note on the jadeite discussion." *Science* XII (1888): 192.

Kunz, George Frederick. "On art works in jade and other hard stones." *The Art Amateur* XX (1888): 3-4, 51-52.

- Kunz, George Frederick. "Sur une hache votive gigantesque en jadéite de l'Oaxaca, et sur un pectoral en jadéite du Guatemala." *Congrès International d'Anthropologie et d'Archéologie préhistoriques. Comptes Rendus* (1889): 517-23.
- Kunz, George Frederick. "Exhibition of gems used as amulets." *Journal of American Folk Lore* IV (1891): 29-31.
- Kunz, George Frederick. *Catalogue of the Tiffany and Company collection of jade and rock crystal*. New York: Tiffany & Co., 1899.
- Kunz, George Frederick. "Heber Reginald Bishop and his jade collection." *American Anthropologist* V (January-March 1903): 111-17.
- Kunz, George Frederick. "The printed catalogue of the Heber R. Bishop collection of jade." New York: The Gilliss Press, 1906.
- Kunz, George Frederick. "The American Travels of a Gem Collector." *The Saturday Evening Post*, 10 de diciembre de 1927, 22-3, 172-4, 176.
- López Hernández, Haydeé. *En busca del alma nacional. La arqueología y la construcción del origen de la historia nacional de México (1867-1942)*. Ciudad de México, Secretaría de Cultura / Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2018.
- Mena, Ramón. *Catálogo de la colección de objetos de jade*. Ciudad de México: Talleres gráficos del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía, 1927.
- Mendoza, Gumesindo. "Ídolo azteca de tipo japonés." *Anales del Museo Nacional de México*, tomo 1, primera época (1877): 117-119.
- Podgorny, Irina. *Charlatanería y cultura científica en el siglo XIX*. Madrid: Libros de la Catarata, 2015.
- Podgorny, Irina. "The elk, the ass, the tapir, their hooves, and the falling sickness: a story of substitution and animal medical substances." *Journal of Global History* XIII, no. 1 (2018): 46-68.
- Podgorny, Irina. *Desubicados*. Córdoba: Beatriz Viterbo, 2022.
- Podgorny, Irina. *Los argentinos vienen de los peces. Ensayo de filogenia nacional*. Córdoba: Beatriz Viterbo, 2022.
- Sociedad Mexicana de Antropología (eds.). *Mayas y Olmecas: Segunda Reunión de Mesa Redonda sobre Problemas Antropológicos de México y Centro América*. Ciudad de México: Talleres de la Editorial Stylo, 1942.

Walsh, Jane MacLaren, y Brett Topping. *The Man Who Invented Aztec Crystal
Skulls: The Adventures of Eugène Boban*. New York: Berghahn Books, 2018.